

tances no cuidaron ya de observar forma alguna eclesiástica. Hizose Presidente el Emperador, y aun despota del Concilio; y en lugar de símbolo propuso para que se firmase un edicto profano y tiránico, en el que se veía claramente todo el veneno del arrianismo. Pretendia haber recibido autoridad á su manera, cuyo fundamento y prueba estaba sostenida en un sueño; y sus súbditos, segun decia, no debian pedir otras pruebas de su catolicismo, que los triunfos con que el Todopoderoso le habia favorecido. No pudo pasar la fórmula sin embargo, y fue desechada con horror por aquel pueblo católico y numeroso, á quien se leyó en la Iglesia.

Tornóse á tratar de la condenación de Atanasio, y mandó el Emperador llamar á Lucifero, Eusebio y Dionisio, y les instó con viveza que suscribiesen á ella, persuadido del grande efecto que producirian unos ejemplos de tanta autoridad; y como insistiesen sobre el defecto de pruebas: *yo soy*, les dijo, alzándose con una actitud furiosa, *yo soy el acusador de Atanasio: creed sobre mi palabra lo que se dice contra ese revoltoso*. Con una libertad respetuosa le contestaron que no se trataba de un negocio temporal, en que la autoridad Imperial tuviese derecho de sentenciar: que aun en este caso no era debido condenar á un ausente que no estaba en disposicion de defenderse; y que por lo que á ellos tocaba, nunca se les obligaria á contravenir en cosa alguna á las reglas eclesiásticas (1). *Mas lo que yo quiero*, replicó Cons-

(1) *Sever. Sulpic. lib. 2. hist.*

tanzo, *debe pasar por regla: asi lo opinan los Obispos de Siria: obedeced, ó id al destierro*. Levantaron las manos al cielo todos los Prelados ortodoxos, y pidieron al Príncipe que no abusase contra los siervos de Dios de una potestad que habia recibido de Dios mismo; y le trajeron á la memoria las venganzas del terrible Juez de los Reyes y de los súbditos.

Mas no queriendo prestar oidos á nada, y consultando solo los primeros arrebatos de su cólera, les amenazó con grandes gritos, desnudó la espada contra ellos, y mandó llevarlos al suplicio. Despues variando repentinamente de parecer, los condenó solo á destierro. Antes de conducir á los legados del Papa fueron desnudados y azotados con crueldad el Sacerdote Pancracio, y el Diácono Hilario, compañeros de la legacion de Lucifero (1). Ursacio y Valente con los eunucos de su faccion fueron los ministros y ejecutores de estas indignidades; y mientras la escena, no cesaron de reir á carcajadas ó escarnecer de los pacientes de un modo indigno, como lo haria el mas vil populacho.

Abriéronse paso los soldados desde el palacio á la Iglesia por medio de un pueblo inmenso con una brutalidad sanguinaria, y penetraron hasta el santuario para sacar de él violentamente á los Obispos ortodoxos que estaban allí. Prendieron á ciento cuarenta y siete entre Eclesiásticos y legos celosos, la mayor parte de los cuales fueron encerrados en horribles calabozos. Otros muchos Prelados á mas de Lucifero,

(1) *Athanas. Ep. ad Solit.*

Eusebio y Dionisio, permanecieron firmes en favor de Atanasio, y sufrieron el destierro como los primeros; mas la mayor parte firmó su condenacion, ya por temor, ya por sorpresa, ó ya por inconsecuencia. Padecieron los desterrados todo cuanto podia hacer su suerte mas insufrible: fueron enviados á las provincias mas distantes, cuyo idioma no sabian, y en donde mandaban sus contrarios; y lo que no habian discurrido los perseguidores idólatras, los tenian en lugares separados, para que no pudiesen darse ánimo y consolarse mutuamente. Empero estos tratamientos injuriosos les merecian los mayores respetos de muchas Iglesias; enviándoles diputados casi todas las provincias como á confesores de Jesucristo, en tanto que se echaba de ver el mayor horror contra los Arrianos, mirados en su bárbaro triunfo no como vencedores sino como verdugos (1).

Salió confinado San Dionisio de Milán á Capadocia, donde alcanzó por el fervor generoso de sus oraciones una muerte pronta para no sobrevivir á la funesta desgracia de su Iglesia. En su lugar habian sustituido al herege Ausencio, á quien ordenó de Sacerdote Gregorio de Alejandria; pero en todo el curso de su ministerio se manifestó indigno de tal ordenacion. Ni aun siquiera entendia la voz de las ovejas á que se le destinaba por Pastor; pues ignoraba enteramente el latin, y aun era menos versado en las ciencias eclesiásticas, entendiendo solo de cosas de comercio é intereses; en una palabra, era mas pro-

(1) *Sulpic. Sev. lib. 2.*

pio para publicano que para Obispo. Aborrecíale de tal modo el pueblo católico que fue necesario introducirle en la Iglesia á fuerza de armas.

48. No estaba el Emperador satisfecho aun, y deseaba mas que todo atraer á su partido al sucesor del Príncipe de los Apóstoles, cabeza de la Iglesia (1). Decian de continuo los novadores á este Príncipe, que si podia ganar al Obispo de la Silla Apostólica, pronto seria dueño de todos los demás. En una palabra, le hicieron desear ardientemente, que la proscripcion de Atanasio fuese confirmada por la autoridad eclesiástica, que reside principalmente en los Obispos de Roma; de lo que todo el mundo estaba convencido hasta los autores Gentiles de aquel tiempo, como Amiano Marcelino que lo afirma en propios términos (2). Constanzo pues envió al Sumo Pontífice al eunuco Eusebio con presentes y amenazas; pero todo fue en vano, y humilló sobremanera al enviado, que Liberio no solo rehusase firmar la condenacion de Atanasio, sino que se mostrase altamente contra la creencia de los Eusebianos tan orgullosos por los últimos sucesos, que cuidaban ya muy poco de disfrazar sus sentimientos ó su adhesion á los de Arrio. No quiso el eunuco, á pesar de esto, volver los presentes del Emperador, y los depositó como una ofrenda en la Iglesia de San Pedro. El Papa juzgó en este momento crítico que el temor del escándalo que motivaria esta especie de comunicacion con un herege debia ser

(1) *S. Ambros. lib. 3. de Spir. cap. 10.* (2) *Ammian. Marcel. lib. 15. cap. 7.*

mas poderoso que los respetos debidos en toda otra circunstancia á la magestad imperial, y mandó sacar los presentes del lugar santo.

El eunuco irritado y confuso viendo lo mal que se realizaban sus ideas, volvió presuroso á dar cuenta á su Soberano, el que resolvió sorprender al Pontífice y llevarle á Milán. Escribió para esto á Leoncio, Gobernador de Roma, á quien no pareció fácil la ejecución de este atentado, porque el pueblo amaba en extremo á su Pontífice. Mas cuando los Príncipes desean lo malo hasta cierto punto, todas las dificultades se allanan. Leoncio tomó tan eficaces medidas, que habiendo Liberio sido preso de noche, estuvo lejos de la ciudad antes que la multitud llegase á entenderlo.

Concedióle una audiencia el Emperador así que puso los pies en Milán, ó por mejor decir le hizo un interrogatorio, en el que este Príncipe artificioso sostuvo con mucha dignidad el tono mezclado de autoridad y moderacion que se habia prescrito. Alternaron en la conversacion el eunuco Eusebio y otros muchos incitadores, con designio de conmoer al Pontífice y hacerle prorrumpir en espresiones poco respetuosas. Liberio sin embargo que supo conservar un medio prudente entre la audacia y la pusilanimidad, sostuvo con tanta grandeza como valor la causa de la Iglesia y de Atanasio. El Emperador decia: „es mi enemigo particular, me ha indispuerto con mis hermanos; y me tendria por mas feliz en reducir á este revoltoso universal, que en haber vencido al traidor

Magnencio: no espongaís cosa alguna en su favor. Ya estoy resuelto: firmad su condenacion, ó marchad al destierro: tres dias teneis para tomar vuestra resolucion. Liberio respondió: nada me mudarán ni tres dias ni tres meses: enviadme desde ahora donde gustéis.”

Viendo el Emperador que seguia inalterable, pasados tres dias, le desterró á Beréa, en Tracia, sin hacerle no obstante ningun mal tratamiento, antes por el contrario mandó librarle una suma considerable para el viage, y la Emperatriz aumentó aun esta liberalidad. Liberio no quiso recibir sus dádivas, diciendo, que el estado necesitaba de sus fondos para las tropas; y partió alegremente para su destino.

49. Constanzo quiso elegir otro Papa despues de su partida; mas con la piedra sobre la que el Hijo de Dios fundó su Iglesia, no sucedió lo mismo que con otras Sillas decoradas de prerogativas arbitrarias por disposiciones humanas. Habia jurado todo el Clero de Roma no recibir otra cabeza en tanto que existiese Liberio, y habiendo elegido la faccion de los Arrianos á Felix, Archidiácono de la Iglesia Romana, los Clérigos católicos permanecieron tan firmes, que los facciosos no pudieron entrar en Iglesia alguna, y se vieron reducidos á ordenarle en el palacio. No obstante de haberse rendido el mismo Felix al deseo de su ensalzamiento, nunca se separó de la doctrina de Nicéa: tanta era la solidéz con que estaba establecida en esta Iglesia que debe confirmar en la fe á las demás (1),

(1) Hieronym. de Scrip. Eccles. in Acac. Sozomen. lib. 7. hist. c. 112

50. La secta tuvo la ambicion de triunfar de Osio despues de este atentado. Este solo Obispo le parecia valer mas que otros muchos. Bajo los perseguidores idólatras fue confesor de la fe, autor despues de Dios de la conversion del gran Constantino, y de lo mas grande que este Príncipe habia hecho por la Religion; cien años de una vida irrepreensible, sesenta de los cuales habia pasado en el ministerio santo del Episcopado, y de las funciones mas sagradas y gloriosas, móvil de todos los grandes asuntos de la Iglesia, cuyas epístolas y discursos eran para los Católicos otros tantos oráculos: tal era Osio. No cesaban pues los hereges de importunar al Emperador Constanzo contra este varon inmortal, del mismo modo que lo habian hecho con la persona del Sumo Pontífice. „Osio, le decian siempre, es el Obispo cuya autoridad subleva contra vos á todo el mundo Cristiano: él formó el fatal símbolo de Nicéa: él es el que hace tener en todo el mundo por hereges á los defensores del justo oprimido, del piadoso y docto Arrio. Inspíranle sus primeros sucesos un ardor siempre nuevo y una presuncion inaguantable. Todo es inútil; el castigo de sus compañeros, ó por mejor decir de sus discípulos y hechuras, de nada sirve si no se humilla á este imperioso maestro, ó si no se aplaca.”

Persuadido el Emperador por estas razones de los hereges, mandó al grande Osio que se presentase, dándole en sus cartas mil testimonios de benevolencia y estimacion. Redobló sus caricias y artificios así que llegó ante él, para obligarle á condenar á Atanasio

y comunicar con los Arrianos: dos puntos inseparables para ellos. Mas el venerable viejo mostrando un amargo dolor de que hubiese atrevimiento para hablarle así, contestó con tanta fuerza y sabiduria, que poseido el Príncipe del temor de los divinos juicios, le dejó regresar á Córdoba. Viéronse los pérfidos Arrianos obligados á ceder sin oponerse en cosa alguna á Constanzo sobre este asunto; mas no perdiendo despues ni un instante y sirviéndose de las circunstancias, hablaron tan á tiempo é instaron con tanta viveza al Emperador, que escribió muchas veces á Osio, ya de un modo benigno y lisongero, y ya amenazante.

El Prelado siguió inalterable y contestó segun su ancianidad respetable, de un modo digno de transmitirse á las edades venideras. „Confesé, dijo, la primera vez la fe Cristiana en la persecucion de vuestro abuelo Maximiano. Antes que negar la verdad y empañar la inocencia, estoy pronto á sufrir todos los tormentos, si es que quereis repetir la misma escena que representó aquel enemigo del Dios que adoramos. No carezco de valor para anunciaros que renuncio vuestra comunión, si de aquí adelante me escribís de un modo tan poco digno de un Monarca Cristiano. No sigais, pues, las sugestiones de los secuaces de Arrio: guardaos de los Orientales, no escuchéis á Ursacio ni á Valente: mirad con horror la malignidad dirigida contra el Hijo de Dios, mas que contra el Obispo. No tanto os animan los seductores contra Atanasio, como á favor de la heregía y de la impiedad. Creedme, Príncipe, y fiad de mi experien-

cia y de mi edad : puedo ser vuestro abuelo , y sé á fondo todo lo ocurrido en el santo Concilio de Sárdica , blasfemado ante vos. Tuvieron allí los enemigos de Atanasio libertad absoluta de acusarle y vencerle si hubieran podido hacerlo. Traed tambien á la memoria el tiempo en que llamasteis á Antioquía al Obispo de Alejandría , y como se presentó en vuestra corte en medio de sus adversarios , como no quisieron oírle ó temieron comparecer ante él , y como rehusasteis vos mismo oír una inútil justificación.”

„¿Pues por qué prestais oídos aun á los impostores? Y sobre todo ¿por qué escuchais á Ursacio y Valente , despues que confesaron su calumnia y se retractaron vergonzosamente? No les obligaron á ello ni fueron maltratados por la tropa , ni intimidados por el Emperador Constante , bajo cuyo reinado no se procedia , ni Dios lo quiera , como hoy. Mas si estos pérfidos censuran la violencia , si se quejan sin motivo de sufrirla , y vos mismo la desaprobais , dejad ahora de usarla. No presidan vuestros Condes y vuestros Gobernadores en las determinaciones de la Iglesia : no desterreis á los Obispos , cuyo delito es no admitir enormes abusos. De otra manera , ¿no sereis reprehensible de egercer mayores violencias que los de que os quejais? ¿Vuestro augusto hermano hizo por ventura cosa semejante? Tened presente , Emperador , de que á pesar de este título no dejais de ser hombre , ni estais menos sujeto á morir. Temed los juicios eternos : no os introduzcáis en las cosas eclesiásticas , puesto que en esta materia no teneis órdenes

que darnos , sino que debeis recibir las de nosotros. Dios os ha dado las riendas del Imperio , y á nosotros el gobierno de la Iglesia ; y así como nos opondríamos al órden de Dios si atentáramos á vuestro poder , del mismo modo no podeis vos atribuirnos , sin faltar á la justicia , lo que no os pertenece. Porque escrito está : *dad al César lo que es del César , y á Dios lo que es de Dios*. Si no nos es permitido abrogarnos el mando en el Imperio , no debeis vos egercer el ministerio sacerdotal. Fuérame á escribiros con libertad el deseo que tengo de vuestra salvación ; y si me conviene á mí hablaros de este modo , tambien os importa el mostrar que no lo hice sin fruto.”

51. Una carta tan enérgica debia producir el resultado mas feliz por poco que el Emperador consultase á la Religion ó á la razon ; pero no hizo mas que irritar á Constanzo , cercado siempre de sus hereges aduladores. A Osio le obligó segunda vez á que se le presentase , y le detuvo un año en Sirmio. Sufrió allí el respetable centenario los mayores ultrajes , los tratamientos mas inhumanos , golpes descompasados , y por fin el tormento. Al cabo la debilidad del cuerpo y probablemente la de la edad , abatieron su espíritu , y sin querer condenar á Atanasio , firmó la segunda fórmula de Sirmio , que no se puede excusar de herética : ejemplo no menos admirable que terrible de la fragilidad humana , contra la que nunca deben asegurarnos los mas repetidos triunfos (\*). Luego

(\*) La caída del grande Osio es uno de los puntos en que se convienen muchos historiadores eclesiásticos modernos ; y cau-

que accedió Osio á lo que se queria, obtuvo la libertad para regresar á España, donde murió poco despues; pero penitente y en la comunión de la Iglesia,

sa admiracion ver como estos fundados en los testimonios antiguos, llegan á decir que *Constanzo logró abatir su constancia y eclipsar su gloria*. Este glorioso Confesor, como le llama San Atanasio, y él mismo lo escribe á Constanzo: *Ego confessionis munus explevi, primum cum persecutio moveretur ab avo tuo Maximiano*; este heroe de la fe á quien algunos reconocen por catequista de Constantino el grande, irreprochable en su vida, y en fin el Padre de los Concilios, merecia ser tratado con mas indulgencia. Convengamos, si se quiere, con San Hilario, San Febadio, Sozomeno y San Epifanio en que subscribiese á las blasfemias del Concilio de Sirmio. No queramos defenderle contra la autoridad de varones tan respetables, pero oigamos como se explica San Atanasio, quien manifiesta lo vano del triunfo de sus enemigos, y que en lugar de gloriarse, debieran tener vergüenza, por no ser la forzada suscripción argumento de la verdad de su doctrina, sino triunfo de su maldad. „ Aunque, dice el Santo, cediera Osio en fin por algun breve espacio de tiempo atemorizado de las amenazas de Constanzo, por no poder sostener su violencia y potestad tiránica, y no permitirle el dolor de las llagas con que despedazaban sus miembros cruelmente, y las convulsiones de una tortura violenta y dilatada, mantenerse en perfecta robustéz: no obstante el mismo hecho manifiesta, no que firmó contra mí porque no estuviese persuadido de mi inocencia, ó me juzgase reo de los delitos, que me imputaban mis enemigos; sino porque en su edad decrepita y debilitado su cuerpo, no mantenian su espíritu y cabeza la integridad necesaria, ni el ánimo se conservaba tan fuerte que pudiera vencer los últimos esfuerzos de su bárbara crueldad.“ San Atanasio escusa á Osio en todas ocasiones. *¿Quid in sene Hosio culpari potuit?* En otro lugar: *omnibus enim ille notus erat*, escribe el Santo, *ac verus pro suo nomine Hosius, hoc est, sanctus habebatur, vitæque ejus irreprehensibilis*. Algunas veces dice, que por poco tiempo comunicó con Valente y Ursacio; otras que firmó su conde-

como dicen San Atanasio y San Agustin. Protestó auténticamente y en forma de testamento en la hora de la muerte contra la violencia que le habia abati-

nacion, pero jamás le culpa de que aprobase el perverso formulario de Sirmio.

No seguiremos á ciegas la opinion del erudito Doctor D. Juan Gomez Bravo en su juiciosa apología en que vindica á este dignísimo Obispo y glorioso Español, de la atroz calumnia de que juntamente con Potamio compusiera la fórmula herética de aquel conventículo. Consultemos la razon. Quien filosofe un poco sobre la malignidad del corazon humano, quien medite sobre la perversidad de muchos hombres reunidos para el mal, quien esté medianamente instruido en las cábalas y maneños inicuos de los Arrianos, quien finalmente considere la sutileza de sus invenciones para oprimir á San Atanasio, hacerle culpable de haber violentado á una impostora, de la muerte de Arsenio, del ara derribada y cáliz hecho pedazos ¿cómo no se persuadirá de que fingieron haber compuesto Osio la fórmula detestable de Sirmio, con ánimo de sorprender y engañar induciendo al error á los Obispos Católicos y hasta al mismo Papa Liberio? Será acaso el haberse justificado por escrito de este crimen? Un viejo de cien años, á quien afirma Sócrates que anticiparon la muerte los azotes y la tortura, obligado en tal edad á emprender largos y penosos viages ¿será extraño que en vez de defenderse, se contentara con las cicatrices que llevaba en su cuerpo, y con los magníficos y claros testimonios que dió por espacio de cincuenta y siete años que peleó contra los Arrianos? San Atanasio que merece mayor fe que todos los demás escritores en esta materia, dice: *que al morir, por última voluntad protestó contra la violencia que usaron contra él los Arrianos, anatematizó su heregía y exhortó á todo el mundo á que la aborreciese*. San Agustin dice que murió en la comunión de la Iglesia.

En fin la gloria y honor de nuestra patria nos obliga á citar en defensa de Osio á un autor, cuya erudición y juiciosa crítica ciertamente es digna de algun crédito. Orsi, despues de dar por indudable la caída de Osio, añade en la página 398 del to-

do, anatematizó el arrianismo de la manera mas solemne, exhortando á todos á mirarle con el mismo horror.

52. La persecucion que habia sufrido un sugeto tan respetable en todo el mundo, fue aun mas violenta en los Prelados comunes. Los ortodoxos sufrieron tambien á medida de su virtud, y particularmente los Obispos á quienes se llevaba con violencia delante de los jueces, para que estos los obligasen á firmar; y se habia intimado orden á los magistrados de las ciudades con pena de multa, si no ganaban á sus Obispos respectivos: tan solo se les permitia que en-

mo 7., que los lugares en donde refiere San Atanasio la caida de Osio y Liberio, con gravísimas conjeturas se cree los añadió alguna mano estraña. Demuestra su asercion con los testimonios de Teodoreto y de Tillemont, cuya sentencia es que los dos últimos párrafos de la apología contra los Arrianos se añadieron algunos años despues de escrita aquella obra: y concluye, que es inegable la antigua fama de la caida de Liberio; pero se debe tambien tener por cierto, que los Arrianos fueron los autores y promulgadores de ella. Y nosotros aseguramos entre la variedad y obscura confusion de testimonios en pro y en contra de Osio, que si no hubiera sido Español, su conducta se tendria por muy conforme á su nombre. La relacion de la muerte de Osio atribuida á San Isidoro de Sevilla es falsa de todo punto. Por último, la opinion que parece hoy en dia mas comunmente admitida por todos los sabios es la que espresa San Atanasio en su carta á los Solitarios por estas palabras: „se le hizo tanta fuerza al venerable anciano, se le estrechó y afligió con tantos males que al fin renitente, y manifestando su aversion comunicó por un breve espacio con Ursacio y Valente, pero no firmó ni condenacion; y al morir condenó de nuevo la heregía, y á cuantos la defendiesen, y legó á su Iglesia la fe católica como en testamento.“

viasen al Emperador á los que solo pudieran ser amedrentados por su presencia. Hubo muchos que renunciaron cobardemente á la comunión de Atanasio. Fueron víctimas los que resistian de mil calumnias, y vituperios, y rencillas movidas para desterrarlos de sus Iglesias; substituyéndolos miserables é indignos cómplices de los hereges. No quisieron muchos pueblos admitir á los intrusos por una providencia particular inspirada del cielo, viendo la violencia y despotismo con que se egercian tantas crueldades: estos eran posesionados á la fuerza, y se trataba como reo de estado á todo ciudadano que se mostraba Católico.

Empero Atanasio era siempre el blanco principal del rencor de Constanzo y de sus Arrianos. Parecía-les que toda la Iglesia Católica estaba concentrada en él; y solo para reducirle sedujeron de antemano á tantos Obispos. Juzgaron los hereges, despues que suscribieron á su condenacion, que no debian ya guardar medida alguna. La tempestad se formó por espacio de dos años: y su violencia correspondió á esta larga y tenebrosa fermentacion. No es nuestro ánimo pintar estos últimos horrores, difíciles de presentar con la viveza debida, y nos contentaremos con decir, que lo ocurrido algunos años antes al colocar en la Silla de Alejandria al falso Obispo Gregorio, que fue la primera escena, no fue mas que un ligero ensayo de esta horrorosa catástrofe.

53. Jorge de Capadocia que por segunda vez se apoderó de la Silla de Atanasio, no se daba traza tan